

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—La cancion [poesía], por don Antonio Arnao.—La Muda, por don José M. de Larrea.—El Colegio de Saint Cyr [conclusion], por don E. Blancas.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: Grabado de Labores.

INSTRUCCION.

CARTAS Á JULIA.

XVII.



O hay plazo que no se cumpla, Julia mia, y al entrar con la abuela en su aposento, pude conseguir que acabase la relacion que me hacia sobre el empleo del tiempo.

—Despues que he concluido mi inspeccion, dijo, vengo aquí: pongo en limpio en este gran libro, que es el de ingresos, las diferentes partidas que he anotado, y hago su suma parcial.

En este otro libro, que es de gastos, pongo las cuentas de los proveedores, que Susana me entrega puntualmente todas las noches, y de los diversos gastos que han ocurrido durante el dia anterior, y las sumo del mismo modo.

El sábado de cada semana realizó todas estas sumas, y pongo el total de gastos é ingresos en este otro libro, y entonces, examinando lo que tengo en caja, establézco mi balance.

Lo mismo hago al fin de cada mes, y luego, al fin de cada año; de modo que apenas me cuesta ningun trabajo.

—Pero si el dinero está gastado, qué importa saber en qué?

—Importa, porque de este modo me es fácil echar de ver los gastos que han sido inútiles é innece-

sarios, la economía que hubiera podido hacerse en ciertos artículos, las ventajas que se pueden sacar de hacer las compras de este ó del otro modo; es decir, por mayor ó por menor, segun son los resultados. Además los gastos de todos los meses, segun las estaciones no son iguales, y no disponiendo mas que de una cantidad fija é invariable para todo el año, me es preciso pensar en equilibrarlos, ahorrando en los unos lo que gasto de más en los otros.

—Una cantidad fija é invariable! exclamé yo sorprendida; pero es esto acaso posible? A veces se ocurren mil gastos imprevistos, mil caprichos del momento....

—Una ama de casa no debe nunca jamás tener caprichos.

—Pero cuando se posee un bienestar regular.....

—Pronto se dejaria de poseerlo, mi Enriqueta.

—Pero quién puede impedir que vengan las enfermedades, propias ó ajenas, los conflictos, las desdichas...

—Pues para eso están precisamente reservadas las economías. Guardando todos los años una parte de tu haber en el tiempo normal, cuando ocurra un suceso de esa naturaleza, te hallarás en el caso de ceder á los impulsos de tu corazon, gastando, sin contar ni apenarte por lo que gastes, porque no hay desgracias que no aminore en parte la idea de tener el dinero necesario para hacerlas frente.

Para esto, voy á decirte cómo procedería yo en la distribucion de mi renta. Supongamos que ascendiese á veinte mil reales. Haria de ellos cuatro partes iguales: la una la destinaria á economías, la otra al alquiler de la casa, si tuviera que pagarlo, remuneraciones de criados y gastos extraordinarios é imprevistos: la tercera á objetos de vestir, ropa blanca

y renovacion de la parte de mueblaje que estuviera en mal uso; y la cuarta al gasto diario de la mesa. Si en la segunda y en la tercera seccion hiciese, como es de suponer, alguna economía, destinaria esta suma, la mitad á proporcionar diversiones y placeres á mi familia, la otra mitad á obras de beneficencia.

Esto se entiende siempre que la cantidad consagrada á los gastos de la mesa sea suficiente para proporcionar á la familia un alimento sano y abundante, pues de lo contrario, haria dos mitades de la destinada á economías, y aplicaria una de estas dos mitades á la manutencion.

La economía, nunca jamás debe entenderse por lo que respecta á las absolutas necesidades de la vida. La economía que cercena el alimento preciso, sobre ser criminal es estúpida, porque sin esto no hay salud, y sin salud, no solo no se puede trabajar, sino que lo que se ahorra se tiene luego que gastar en médico y en botica. La salud es un capital precioso, que hasta por economía debemos conservar cuidadosamente, porque no se pueden tener hijos robustos y aptos para los estudios si se les escatima la subsistencia, ni es justo exigir que los criados trabajen si están mal alimentados.

Así, pues, hay ciertos gastos sobre los cuales ni siquiera se debe pensar en economizar, como suponemos, el pan, la carne, los garbanzos, etc., y en otro orden de cosas, las camisas, las sábanas, las toallas, en una palabra, todo lo que sea preciso é indispensable.

Pero una cosa es una comida sustanciosa y abundante, y otra cosa son los caprichos. Acostúmbrate, y acostumbra á toda tu familia, á que se contente con manjares sencillos; y para que el apetito se los haga parecer deliciosos, acostúmbralos tambien á que no tomen nada entre comida y comida. ¿No es preferible un cocido sazonado y abundante á un pollo, que repartido entre todos, los deja con el estómago lleno de ilusiones?

Algunos, entienden tan mal la economía, á mi parecer, que en vez de una libra de carne, que les permite su haber, compran una perdiz, y luego para equilibrar el gasto, escatiman los ingredientes necesarios á su aderezo, y la infeliz avecilla sale á la mesa avergonzada, sin sustancia y sin sabor. Pues bien, yo prefiero un plato de sopas ó de patatas bien condimentadas, á los manjares mas delicados sin este requisito.

Sobre lo que debe estenderse la economía, es á cuidar de que no se gaste mas de lo regular, aunque este gasto se reduzca al valor de dos cuartos: en primer lugar, porque de lo que se tira se aprovecha el diablo, como se dice vulgarmente, y luego, porque dos cuartos al dia, hacen al mes siete reales, y con siete reales se puede comprar un par de zapatos para el que esté descalzo.

Es muy comun decir: por cuatro, por ocho rea-

les. ¡Ya se sabe adónde van á parar ocho reales! Pero los que hablan así, y los gastan sin remordimientos en cosas inútiles, es porque no apuntan sus gastos, y no forman al cabo del año su balance, pues de lo contrario, sumarian todas las veces que han pronunciado estas palabras, y verian que ascienden á un total considerable, mientras la utilidad se reduce á cero.

Sin embargo, ya te he dicho que yo considero como un deber el proporcionar á mi familia todos aquellos placeres razonables que estén á nuestro alcance. Así, pues, las economías de que antes te he hablado, las reservo para añadir un principio los domingos ó dias marcados, para sorprenderla con un plato de dulce, que yo misma confecciono, ó con la primera fruta que se presenta en la plaza.

No puedes figurarte cuán agradables son para la familia estos pequeños obsequios, estas delicadas atenciones, saboreadas con tanto mayor placer, cuanto ha habido alguna privacion durante la semana, y ¡cuánto goza el ama de casa con la sorpresa y la satisfaccion que ve brillar en todos los semblantes!

Por medio de mi libro, sé ademas cuáles son los principios mas baratos, y cuáles he puesto mas recientemente para poder variarlos, porque de la variedad, Enriqueta, dependen casi todos los placeres de la mesa. Los que salen mas caros, no los pongo, suponemos, sino dos veces al mes, dejando transcurrir algunos dias entre uno y otro; porque por caro que sea, el aumento de gasto producido por dos veces al mes, nunca puede ser excesivo al cabo del año, mientras si fuera diario seria insoportable. El gasto diario, Enriqueta, es el que arruina las familias. El que un dia tengas un capricho, puede afectar al arreglo y al buen gobierno, pero nunca producir desastrosos resultados. Hay un axioma latino que dice: «La gota de agua que cae incesantemente sobre una piedra acaba por taladrarla, mientras el aguacero, por fuerte que sea, no deja sobre su superficie ni la mas ligera huella.»

Hay familias que viven bien con poco, y otras mal con mucho. El secreto estriba en hacer una juiciosa distribucion de los fondos, en contar siempre con las eventualidades en contra, y nunca con las eventualidades en pro, en no permitirnos mas caprichos ni placeres que los que estamos en estado de satisfacer, y estos distribuyéndolos de tal modo y con tanto tino, que nos hagan agradable la existencia; y sobre todo, en abstenernos de esos mil gastos, insignificantes si se quiere, pero que ni son motivados por la absoluta necesidad, ni tienen lucimiento, y en no desperdiciar nada, porque la cosa mas mínima tiene su valor real y positivo, y su útil aplicacion mas tarde ó mas temprano.

El sueño me asalta, Julia, hasta mañana.

ÁNGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA CANCION.

Á la luz de blanca luna
Que reina en noche apacible,
Y ante una ojiva ventana,
Así bardo amante dice:

«No preguntes por qué brota
De mis ojos llanto triste,
Ni por qué sombras de muerte
Mi frente pálida ciñen.
Oye los hondos suspiros
Que mal mis labios comprimen,
Y deja que ellos el ansia
De mi corazón te expliquen.
Melancólico recuerdo
Tráenme las horas felices
Llenas de paz y alegría
De mis años infantiles;
Y hoy por un yermo mi alma
Solitaria se dirige,
Sin una voz que la aliente,
Sin una luz que la guie.»

Calla: á la ventana mira
Mas nada en ella distingue:
Suenan el arpa en el silencio,
Y á poco la voz repite:

«¿Dónde estás tú que á mis ojos
Cual ángel te apareciste
Cuando en mi mente nacieron
Los ensueños juveniles?
¿Porqué piadosa no miras
Á quien dolorido gime
Preso en cadenas de flores
Más que de hierro inflexibles?
Este fuego, castellana,
Que oculto en mi pecho vive,
En vez de ser mi alegría
Como tormento me aflige;
Pues me abrasa tu hermosura
Cual en ignotos confines
Abraza el sol á la palma
Que la vida de él recibe.»

Silencio! Nadie responde!
La hermosa no será libre,
Ó tiene pecho de roca;
Pero el trovador prosigue:

«Tú que este amor infinito,
Este amor puro y sublime,
Dentro del alma inocente
Con tu hermosura encendiste;
¿Porqué, gallarda señora,
Me niegas tan insensible
El premio que mis cantares
Y mis lágrimas te piden?
Por conquistar ese premio
Sostuve remotas lides,
Y aunque torné victorioso
De mi mal no te doliste.
Ay! nunca sepas, ingrata,
Cuál es el martirio horrible
Que hace al alma que en la muerte
Su esperanza última cifre.»

Por fin se abrió la ventana:
En ella asoma una vírgen,
Y un laurel al bardo arroja
Con la flor del *no me olvides*.

ANTONIO ARNAO.

LA MUDA.

I.

Hállase situado el castillo de lord Jerson á algunas leguas de la residencia real de Windsor, en el declive de una elevada colina. Reina en aquella morada un órden enteramente patriarcal, y el lujo no tiene allí nada de estéril. La gravedad de las costumbres inglesas se halla templada por la sencillez bondadosa del propietario, por una mezcla de elevada dignidad y de hospitalaria benevolencia, por una franqueza que permite tener igual franqueza, por una tolerancia que exige en cambio igual tolerancia, pero todo esto sin degenerar en demasiada facilidad.

Ese espíritu de familia, tan comun en la sociedad inglesa, tan tierno y tan hermoso cuando está bien comprendido, dominaba en el castillo: su dueño lord Jerson tenia dos hijas, Arabela y Nelly, que formaban el justo orgullo de su madre, aunque este orgullo no estaba exento de pesares.

Empezaba el verano de 1823, y sir Arturo Bleming y Clara, su hermana, cuya familia tenia parentesco con la de lord Jerson acababan de llegar al castillo, con intencion de pasar en el campo algunos meses.

Toda la familia habia vuelto del paseo despues del desayuno: las criadas colocaban en grandes jarrones las flores cogidas en el parque; cajas de naranjos, de laureles-rosas, de limoneros y de otras diversas plan-

tas adornaban los balcones, que se abrían sobre un vasto paisaje, cortado por el animado panorama del Támesis. Vivíase allí en medio de una naturaleza encantada.

Las señoras habían desplegado sus bordados y sus tapicerías sobre un velador. Nada más encantador que aquellos jóvenes y lindos cuellos, que aquellas cabezas de diversas fisonomías inclinadas sobre sus labores. Lady Jerson, sentada con una tranquila y cariñosa autoridad en su sillón, más cómodo, más grande, más adornado que los demás, parecía presidir la reunión; Bleming leía un artículo del *Times*, y en un ángulo del aposento, abría lord Jerson su correspondencia.

Algunas palabras interrumpían de vez en cuando la atención que cada cual ponía en su trabajo.

—Ah! exclamó Bleming, el general Mina ha llegado á Londres.

—Gloriosa ha sido su campaña de Cataluña, dijo lord Jerson, y su nombre es muy querido en España, en ese hermoso país, que en otro tiempo hemos visitado juntos, ¿no es verdad, Fanny?

Lady Jerson se volvió hacia su marido con una sonrisa satisfecha y expresiva, y dijo:

—Sí, amigo mío.

Continuó después el silencio.

—Ah! ah! exclamó repentinamente lord Jerson, con una viveza poco acostumbrada en él, vamos á recibir la visita del hijo de nuestro antiguo amigo el conde de Alcira.

—Niño era aun cuando le vimos en Madrid.

—Su padre ha muerto hace tiempo; pero debemos buena acogida y hospitalidad á su hijo. Te acuerdas de él, Fanny? Juan era un niño gracioso, vivo, terco, altivo, y sin embargo cariñoso. Todavía me parece ver sus largos y rizados cabellos negros, su mirada de fuego. Podía preverse ya lo que ha sido después en Cataluña.

—Allí fué herido en la cabeza, dijo Clara, y estuvo á punto de morir. Todavía padece de resultas de esta herida.

—Le conocéis?

—Le hemos visto varias veces, dijo sir Bleming, con habitual fatuidad; pero ignoraba que debiese venir á Jerson. Don Juan es un bizarro caballero que ha sido perfectamente recibido en la buena sociedad. Oh! somos amigos. Tiene hermosos caballos.

—Ha tenido la atención de traducir para mí en inglés un lindo romance español, añadió Clara.

—Y tú le cantas admirablemente, respondió su hermano, sin que esto sea adularte, pero me gusta mucho oírte cantar.

Nelly levantó la cabeza y miró: Arabela dijo tranquilamente:

—Sabéis ese romance, Clara?

—No creo haberle olvidado.

—Veamos, dijo lord Jerson, guardando sus cartas en una cartera.

Clara se puso al piano, y empezó á cantar uno de esos romances poéticos y apasionados que se escuchaban en otro tiempo, bajo las moriscas ventanas de Granada y Sevilla, mientras que una blanca mano dejaba caer por entre la celosía una flor acompañada de algunas amorosas palabras. Aunque había perdido mucha parte de su ritmo musical, enamorado, al pasar á la lengua inglesa, más sorda, menos animada, menos rica de pasión, había guardado sin embargo un gran perfume de ternura. No era la rosa embalsamada de Granada; pero aun conservaba el grato aroma de los vergeles en que había nacido.

Empezó la coqueta Clara por entonaciones algo afectadas; pero después se dejó dominar por esa naturalidad, que es el carácter distintivo de todo sentimiento verdadero, y ya fuera recuerdo, ya impresión musical, cantó bien y con ternura. Lady Jerson frunció el entrecejo al ver á su querida Nelly, conmovida por esta armonía, inclinar su encantadora cabeza sobre su bordado, donde quedaba la aguja inactiva entre dos puntos sin concluir. Arabela, que aun no contaba diez y siete años, formada ya, pero fría, permanecía indiferente. Terminado el romance entre los aplausos de lord Jerson y de sir Bleming, Nelly tomó lentamente su labor, pero su pecho se elevaba á impulsos de una respiración agitada.

Su madre, inquieta, la besó en la frente, y acariciándola como á un niño enfermo, la dijo:

—Nelly, mi pobre Nelly, pónete al piano y toca un poco por mí.

Sabia que la música la aliviaría.

Nelly improvisó según su costumbre, y sus improvisaciones, un poco extrañas, resonaban dulcemente en el alma: se electrizaba por instantes y electrizaba á los demás. La melodía nacía de la melodía, y sus armónicas vibraciones parecían hablar. Bleming la escuchaba encantado, y ella se entregaba á este encanto cuando la puerta se abrió.

Un joven apareció en ella imponiendo silencio con la mano, pero el criado anunció.

—El conde de Alcira.

II.

—Cuanto siento, señorita, dijo el conde adelantándose hacia Nelly, haber interrumpido tan deliciosa música.

La joven saludó y volvió á su sitio, conmovida todavía por las impresiones que la música la causaba siempre.

Todos estaban de pie en el aposento, excepto Nelly. Lord Jerson abrazó cordialmente al joven español; Bleming le estrechó la mano.

Don Juan, conde de Alcira, no poseía esas venta-

jas exteriores que son objeto de repentina admiración: su estatura llamaba poco la atención, pero en la expresión de sus facciones se encontraban combinadas una dulzura casi femenina y una arrogancia varonil; adivinábase en él una organización impresionable como la de una mujer, unida á la fuerza de alma necesaria para sacrificar su vida en holocausto de una idea. En un salón le molestaba un perfume demasiado penetrante, y soportaba sin quejarse las fatigas del campamento, dormía sobre un puñado de paja, comía el pan negro del soldado y sonreía en medio de las balas que silbaban á su alrededor. Su cuerpo era flexible, ágil y gracioso en sus movimientos; su tez, algo morena, no contrariaba la expresión de su móvil é inteligente fisonomía. Su imaginación meridional sembraba en su conversación imágenes apasionadas, y entonces su lenguaje parecía brillar como su mirada. Sus enortijados cabellos caían sobre su pálida frente. La gravedad de su apostura, la noble y caballeresca altivez de su carácter, anunciaban un hombre muy superior al vulgo.

A su lado se pavoneaba, con su traje á la última moda, sir Arturo Bleming, *dandi* fresco, sonrosado, que hablaba de todo sin entender de nada; que colocaba en la conversación lo mejor que podía una colección de dichos ingeniosos y de anécdotas aprendidas de memoria; notable por su elegante impertinencia y por su original amaneramiento.

Don Juan se había detenido antes de entrar en el salón para escuchar aquella música suavísima, inspirada, que brotaba en torrentes de armonía bajo los dedos de Nelly. Así había permanecido algunos instantes, hasta que el viejo criado inglés, cansado de permanecer en frente de una puerta cerrada la había abierto de par en par.

El joven español, animado por aquella melodía, puso su conversación, por decirlo así, en el mismo tono. Recordó haber visto durante su infancia á lord y lady Jerson en casa de su padre, y aun señaló algunas particularidades de su morada en ella; y recorriendo así la escala de los recuerdos daba vida y color á todo. Escuchábanle todos con gusto; pero Nelly mas aun que todos, aunque mas inclinada sobre su labor y mas distraída en apariencia.

Nelly parecía uno de esos retratos del célebre pintor inglés Lawrence, en los que el artista ha reproducido esas fisonomías pensadoras del Norte, de facciones delicadas y armonioso conjunto, de tez blanca, cortadas por venas azules, que parecen languidecer consumidas por el fuego de un pesar oculto. Así es, que D. Juan, olvidando las coqueterías de Clara, no hablaba mas que para Nelly. Arabela era bastante linda, y revelaba una salud á toda prueba; pero Nelly se inclinaba sobre su bordado como una flor de delicado tallo, y mientras D. Juan hablaba solamente para obtener de ella una palabra, una sonrisa ó una mira-

da de aprobación, ella ni hablaba, ni sonreía, ni miraba.

Preguntó lord Jerson á D. Juan algunos incidentes de la campaña de Cataluña, y se informó con interés de los peligros que en ella había corrido. Don Juan pintó entonces á grandes rasgos aquella guerra de montaña, aquellos combates, saltando de roca en roca á la orilla de los torrentes, cerca de las nubes, cuando retumbaba en ellas el trueno, viendo cerneerse sobre sí las aves de rapiña, y acudir los lobos al estruendo de la fusilería, esperando el resultado de la lucha que les habría de proporcionar ocasión de satisfacer sus feroces instintos. Refirió luego como, herido en la cabeza, se encontró una noche abandonado, en medio de un campo de batalla, teniendo para buscar socorro que arrastrarse á través de las malezas y al borde de los abismos.

Su enérgico relato fué escuchado con la mayor atención, en medio de involuntarias exclamaciones. Nelly no dijo nada: bordaba mas de prisa solamente, y una vez dirigió á la frente cicatrizada de D. Juan una mirada, que volvió inmediatamente á caer sobre su labor.

Al ver que había obtenido la aprobación de todos sus oyentes, excepto la de Nelly, un súbito despecho se apoderó de D. Juan.

Levantáronse todos para pasar al jardín, y Nelly fué á tomar el brazo de su madre.

—Os escuchaba, dijo Bleming á D. Juan, pero no podía responderos: es muda.

La desgraciada oyó estas palabras, y sus mejillas se cubrieron de un vivo encarnado. Don Juan se estremeció, y fijó en ella una mirada enternecida, que hizo bajar los ojos á la joven.

III.

En una de las calles de árboles del parque, Nelly veía á D. Juan pasear cabizbajo é indiferente á todas las bellezas del sitio que lord Jerson le hacía reparar con el entusiasmo del propietario. Ni bastaba á distraerle tampoco la alegre charla de la bulliciosa Clara, que iba delante, cogida del brazo de su hermano, ni las sencillas frases de Arabela que iba al otro lado de su padre. Solo la pobre Nelly se había quedado detras con su cuidadosa madre.

—Tienes frío?—la dijo Lady Jerson, que sintió estremecerse el brazo de su hija mas querida.

La joven sacudió negativamente la cabeza, y despues con ayuda de signos trazados rápidamente con los dedos, hizo comprender á su madre que estaba buena y que era feliz. ¿Lo era quizá la pobre niña por el interés que había manifestado por ella D. Juan? Y por qué no?

Las primeras emociones se parecen á esos vapores

diáfanos que se elevan de las colinas á la salida del sol. Este astro los destila en rocío ó los reúne en nubes, y aunque velado al principio por ellos, el calor de sus rayos los evapora al fin y los disipa: el amor, no es acaso el sol del alma?

El amor, no ese atractivo material que embota el alma, sino ese poder interior que hace temblar dos manos cuando se tocan, bajar dos miradas cuando se encuentran; ese poder que duplica todas las alegrías... como todos los pesares.

Nelly parecía mas ligera, mas animada, y multiplicaba, arrastrando consigo á su anciana madre, los elocuentes gestos de sus dedos, cuyo alfabeto se dibujaba, ágil intermediario del pensamiento.

Aproximóse á D. Juan, que en este momento hablaba con lord Jerson y Bleming, mientras Arabela y Clara echaban pedazos de bizcocho á los cisnes del estanque. D. Juan habia recobrado el fuego de su animada conversacion, callóse cuando Nelly se aproximó.

La jóven no oyó mas que estas palabras.

—Ah! milord, no conoceis entonces todo el poder del alma.

(Se continuará.)

JOSÉ M. DE LARREA.

EL COLEGIO DE SAINT CYR.

[Conclusion.]

Aunque el verdadero objeto del establecimiento era sostener y educar á las hijas de los nobles venidos á menos, las principales familias solicitaron la honra de que á las suyas se las admitiese y educase en él, bajo la poderosa égida de la favorita; y entre las que alcanzaron esta honra, figuran primeramente la princesa de Saboya, nieta del rey, la señorita de Villette, mas tarde señora de Caylus, sobrina de Mdme. de Maintenon, y la de Aubigné. El sistema de enseñanza adoptado convenia, en efecto, á las jóvenes de noble estirpe y cuantiosa fortuna: las colegialas, decia el reglamento, serán educadas con arreglo á la posicion á que en el mundo puede elevarlas su nobleza, ya que no su fortuna.

El Rey, acompañado de sus cortesanos, honraba á menudo con su presencia á Saint Cyr, y un dia, convaleciente de una enfermedad, las colegialas le recibieron entonando el canto célebre *Dios salve al rey*, del cual los ingleses han hecho despues su himno nacional; la música era de Lulli, y la letra de madame Brinon, que el rey atribuyó á Mdme. de Maintenon,

y ésta, inspirada por el agradable efecto que produjo en su ánimo, concibió la idea de establecer una especie de clase de declamacion. Mdme. de Brinon compuso con este objeto una comedia, que se representó en la sala de recibo del colegio. «La comedia—dice Mdme. de Caylus en sus *Memorias*—era detestable, y en cuanto se convenció de ello Mdme. de Maintenon, proscribióla severamente, reemplazándola con *Cinna* y *Andrómaca*, que fueron admirablemente interpretadas.» Tan admirablemente, que madame de Maintenon se alarmó. Hé aquí lo que dice en una carta á Racine, su poeta favorito. «Mis educandas han representado la *Andrómaca* tan bien, que no volverán á representarla, ni ninguna de vuestras obras,» y mas adelante le suplica, «que en sus horas de descanso le escriba un poema dramático, histórico ó moral, en que el amor no juegue para nada.» Racine, que hacia algunos años habia renunciado al teatro, accedió á la súplica de su protectora, aunque temiendo comprometer su reputacion, y escribió *Esther*. Dos meses despues, Mdme. de Maintenon repartia los papeles de esta obra á sus educandas; fué ensayada por el mismo Racine, y se puso en escena en el Carnaval de 1689, ante Luis XIV, Jacobo II y la reina de Inglaterra.

Mdme. de Sevigné, que asistió á una de las representaciones de esta obra, escribió á su hija con este motivo: «El sábado 19 fuimos á Saint Cyr á ver la *Esther* de Racine, interpretada por las colegialas. Cuanto te dijera acerca del mérito de la obra y de las jóvenes actrices, te pareceria pálido si pudieses juzgar por tí misma uno y otro. El rey se acercó á mí, y me dijo: «Creo que estareis satisfecha,» y yo le contesté: «Tanto, que busco y no encuentro palabras con que espresar mi asombro.»—Racine, añadió el Rey, tiene mucho talento.—«No carecen de él ciertamente, le respondí, las que espresan sus pensamientos con tanta verdad: parece que en su vida no han hecho otra cosa.»

Racine, animado por el éxito de *Esther*, compuso sucesivamente *Atalia* y los *Cánticos espirituales*; pero graves acontecimientos turbaron de improviso la alegría de aquella santa morada. El jóven abate Fenelon, nombrado director espiritual de ella, y Mdme. Guyon, predicaron y propagaron rápidamente entre las educandas las seductoras doctrinas del quietismo: conocida es la historia de aquella querrela religiosa, que indispuso á los dos mas ilustres prelados de la iglesia francesa, Bossuet y Fenelon. Atemorizada Mdme. de Maintenon por este estraño cisma, resolvió dar á la comunidad un carácter mas severo, mas monacal, y en su consecuencia el reglamento se rehizo, y el Colegio se convirtió en un monasterio de la Orden de San Agustin.

Algunas horas despues de la muerte de Luis XIV, Mdme. de Maintenon se trasladó desde la cabecera

de su lecho á Saint Cyr, en la carroza del mariscal de Villeroy, y permaneció en él el resto de su vida.

El mes de Marzo de 1793, el colegio, ó monasterio de Saint Cyr, fué suprimido por un decreto de la Convencion, señalando, por vía de alimentos, á las religiosas dedicadas á la enseñanza un modesto retiro, y á las colegialas una cantidad para sufragar el viaje de regreso á sus casas.

Napoleon trasladó á Saint Cyr el colegio militar, que fundó en Fontainebleau en 1802.

E. BLANCAS.

LABORES.

La que hoy tenemos el gusto de ofrecer á nuestras lectoras es tan distinguida, tan nueva, pertenece á un orden de objetos tan especiales, que con ella podemos decir que inauguramos un nuevo género de labores. Entre las numerosas aplicaciones que nuestros vecinos de *allende* el Pirineo han hecho del *crochet*, acaban de introducir la de ejecutar con él lindos entredoses, mas ó menos finos, que luego aplican á una prenda de lencería, como pudieran hacerlo con un *valenciennes*. Como comprenderán nuestras lectoras, la invencion es útil y presta ancho campo á las señoritas laboriosas, que así podrán emprender con hilo de Flandes un finísimo juego de entredoses para un pañuelo de batista ó de nipis, como con algodón grueso de Irlanda un entredos para enagua ó juegos de cama.

Inclinadas siempre á escojer de entre lo bello lo mas delicado, elegimos por muestra un lindísimo pañuelo, para dar idea general de esta clase de labores, prometiéndonos despues ofrecer á nuestras constantes lectoras otros modelos de lencería mas gruesa, y por consiguiente de mas fácil ejecucion.

El delicado pañuelo que muestra el adjunto grabado, tiene entredos y escudo de *crochet*, y vamos á dar algunos detalles de su ejecucion.

Cómprese el cuadro de batista, hilvanando alrededor un doblez de tamaño regular; pasando despues á ejecutar separadamente con hilo de Flandes finito, y un *crochet*, fino tambien, un entredos por el orden siguiente:

Se hace una cadeneta de 18 puntos.

1.^a *Vuelta*.—Cinco puntos sencillos, una barra al tercer punto de la cadeneta, 4 ps. s., 1 bar. en el sexto, contando desde el anterior, 6 ps. s., 1 bar. en el segundo, 4 ps. s., 1 bar. en el sexto, contando desde el último, 2 ps. s., 1 bar. en el último de la cadeneta.

2.^a—5 ps. s., 1 bar. sobre la anterior, 3 ps. s., 1 bar. sobre la que sigue, 2 ps. s., 1 bar. en el calado de los seis puntos, 3 ps. s., 1 bar. en el mismo, 2 ps. sencillos, 1 bar. en el mismo, 2 ps. s., 1 bar. sobre la siguiente, 3 ps. s., 1 bar. sobre la que sigue, 2 ps. s., 1 bar. sobre el punto del ángulo.

3.^a—5 ps. s., una bar. sobre la anterior, 4 ps. s., 1 bar. sobre la segunda barra, 6 ps. s., 1 bar. sobre la segunda barra, 4 ps. s., 1 bar. sobre la que sigue, 2 ps. s., 1 bar. en el último punto.

4.^a—Como la segunda.

5.^a—Como la tercera, y repitiendo estas dos vueltas, volviendo el calado á cada una del revés y del derecho, resultará el entredos, al que se dará el mismo tamaño que tenga uno de los largos del pañuelo: entonces se remata, y principia otro para otro costado, haciendo separadamente los cuatro entredoses para los cuatro lados del pañuelo.

Hecho esto, se hilvana cada uno donde corresponde, cuidando de que una de sus orillas descansa sobre el doblez de la batista, y la otra sobre la parte sencilla. Entonces se hace en cada orilla un feston, que sujeta el entredos á la batista, haciéndole muy fuerte en los ángulos, donde se cruzan los dos entredoses. Terminado el feston, se recorta con una tijera por el revés la batista que cubre el entredos, y ya solo falta bordar en los cuatro ángulos una estrella á feston ancho, que cubre el crucero de los dos entredoses, sujetándolos aun mas, para lo cual se procurará llegar á los festones de las orillas.

El escudo se ejecuta lo mismo que el entredos ya explicado, haciendo dos calados del largo que muestra el dibujo, é hilvanándolos despues, unidos de arriba y abiertos de abajo, para que formen ese óvalo puntiagudo que marca el modelo: festonéanse todo alrededor, se recorta la batista como queda explicado, y falta solo bordar á *plumetis* las hojas y racimos que arriba y abajo acaban de cerrar el círculo, y en el centro la cifra, que si pertenece á la misma persona que le ha ejecutado, publicará su mucha habilidad, paciencia y gusto, condiciones que enaltecen estre madamente á una mujer.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.



MODAS.

La variacion tan sensible de temperatura que experimentamos hace algunos dias ha venido á dar la razon al almanaque que pronosticaba tiempo fresco á fines de Agosto. Las tempestades y aguaceros que han sobrevenido, las pardas nubes que se cernian en el cielo encapotándole, nos hacian creer hallarnos en los primeros dias de Octubre; y aunque la estacion volverá á tomar su curso normal, todo nos hace presentir que la Otoñada se anticipará, y con ella y con la facilidad que prestan los ferro-carriles, tan adelantados en la línea del Norte, el regreso de la flor y nata de la sociedad elegante, cuya ausencia se hace tan notable.

No es esto decir que falte por completo la buena sociedad en Madrid, reuniéndose como de costumbre por las noches en las sillas del Prado, y compartiéndose entre el Circo de Price, á pesar de la poca cortesía del caballo *Tancredo*, y los jardines *El Paraiso* y el *Eliseo Madrileño*, cuyos conciertos, iluminaciones á la veneciana y fuegos artificiales atraen una buena concurrencia, sobre todo en los dias no festivos.

Allí, como en todas partes, la sociedad se divide en grupos, y la mas escogida ocupa las sillas, sin cuidarse de los pollos que bailan al compás de una buena orquesta.

Poco asunto pueden prestar á nuestras revistas estas reuniones, porque las señoras no van á ellas vestidas, sino en su traje habitual, y aun menos esmerado que para bajar al Prado.

De todos modos la estacion es muerta para la moda, y si algo preocupa todavía es referente á los trajes de campo.

Los sombreros redondos son su complemento obligado, y no basta tener uno solo: los de por la mañana son de paja blanca ó negra, con plumas de los dos colores, ó un ramo de flores por delante: el velete debe ser negro. Los de vestir son de paja fina de Italia ó de crin blanca, forrados de tafetan blanco, azul, ó rosa: el ala va ribeteada de terciopelo negro, y lleva encima una pluma blanca: el velete á la Emperatriz tambien debe ser blanco.

Estos sombreros con sus veletes, pegados á la cara, nos recuerdan una moda veneciana, que las damas elegantes aceptan por lo que tiene de coqueta: los mas graciosos de estos velitos cubren solo el rostro, como los antiguos antifaces, y vuelven hácia atrás á formar echarpe.

Para paseo en el campo hemos visto un traje distinguido y del gusto mas delicado. Es un vestido de muselina blanca lisa, cuya falda lleva en el bajo y sobre el jareton un bullonado de la misma muselina,

por el que se pasa una cinta de seda color de lila, colocado entre dos entredoses de muselina bordada, puestos en una tira de tafetan lila que les sirve de viso: las costuras de los paños de la falda se cubren con otro bullonado igual, tambien entre dos entredoses que vienen á unirse, formando cuadros, con el adorno de abajo.

Sobre este vestido se lleva un paletó á la marinera de la misma muselina, forrado de tafetan lila, y con los mismos adornos que el vestido: la manga interior es hueca y con puño, y corresponde al vestido.

Completa este traje un sombrero redondo de paja de forma chata, y orilla lisa, un poco prolongada el ala por delante y por detrás. La copa va rodeada de una cinta de seda color de lila, que forma por delante una lazada, de la que sale una pluma morada que descansa sobre otra blanca.

De alguna mas consistencia, y á propósito para paseo por la playa, es otro vestido de tela cruda de la India, con adornos de grós negro y bordado de trencilla.

El cuerpo, alto por detrás, abre por delante con solapas, bordadas de trencilla y orilladas de un plegado estrecho de grós negro, que se prolonga por el delantero, sujeto este con botones de seda negros. El talle forma una especie de aldetita, que encaja en la cadera, y termina en punta muy pronunciada por delante y por detrás. La manga, casi ajustada, es de codo, y va adornada por detrás de una pieza ovalada, bordada de trencilla y guarnecida de un plegado de grós negro: dos órdenes de estos guarnecen la bocamanga.

La falda, cuyos paños van nesgados por la parte superior, lleva en el bajo cinco volantes de grós negro plegados, de cinco centímetros de ancho, quedando de intervalo entre uno y otro volante dos centímetros: otro tanto sobresale la falda del último volante. Unos óvalos de la tela del vestido, bordados de trencilla negra y guarnecidos de un plegado de grós, anchos en todo de diez centímetros, se colocan de trecho en trecho sobre los volantes, de manera que, tocando su parte inferior al bajo de la falda, sobrepase la superior siete centímetros del primer volante.

Este traje requiere un sombrero de paja negra á la Emperatriz, adornado de una cinta de seda azul, que hace por delante un lazo, flotando por detrás sus dos cabos. Un grupo de plumas de gallo azules, acompañadas de marabús negros, salen de entre el lazo de cinta al lado izquierdo, inclinadas hácia atrás.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.